

El último mito: El asesinato del padre¹

Susana Bercovich

El mito viene como respuesta ante el vacío que deja la pregunta por el origen. Una verdad en forma de ficción. Los mitos, tan prolíferos en la antigüedad se han ido acotando hasta desaparecer. La ausencia de mitos, ¿constituye acaso un indicador de nuestra cultura occidental? La pregunta por el origen parece caducar.

Al decir de Lacan, el mito freudiano del asesinato del padre es el último mito del que nuestra modernidad ha sido capaz². Enunciado que siempre ha llamado mi atención.

Podemos articular así las cosas: Nietzsche, contemporáneo de Freud anuncia la muerte de Dios. De algún modo el asesinato del padre es la puesta en mito de este enunciado. La muerte de Dios, enunciada por Nietzsche, viene perfilándose desde Sade (el gran ateo) para desembocar en Freud como el mito del asesinato del padre³. Su estatus como “último mito”, es correlativo con el enunciado nietzscheano de la muerte de Dios. ¿Se articula esta muerte con el poderío que ejerce la razón en nuestra modernidad? La razón no produce mitos, constatamos en todos los ámbitos las palabras de Goya, produce monstruos.

El mito del asesinato del padre viene a dar cuenta, para Freud, de un doble origen:

El origen de la cultura y el origen del sujeto.

Habría en tiempos ancestrales un padre primordial que se arrogaba para sí el derecho sobre todas las mujeres de la horda, prohibiendo a sus hijos el acceso a ellas, esto es, prohibiendo el deseo. La fraternidad se revela contra el padre y lo asesina. A partir de allí, el sentimiento de

¹ Conferencia pronunciada en la Casa Jesús Reyes Heróles, México, 2003.

² J. Lacan. Seminario I, *Los Escritos Técnicos de Freud*, 1953-54. Paidós. Buenos Aires, Argentina.

³ S. Freud. *Tótem y Tabú*. 1913. Vol. 13. Ed. Amorrortu. Argentina.

culpa torna el mandato del padre en ley: surge así la ley de prohibición del incesto, que daría lugar al origen de la cultura.

Señalemos ciertos aspectos de la trama que presenta el origen de la ley: Por un lado, la muerte del padre eleva su palabra al estatuto de ley. En segundo lugar, la ley impone el objeto como prohibido: sitúa a la madre como prohibida, aportando entonces el objeto del deseo. La ley y el deseo aparecen como resultado de un mismo movimiento. En tercer lugar, la ley impone el goce, en tanto que queda constituido un campo excluido de la ella. La ley produce el fuera de la ley; veremos que lo refuerza y lo promueve por la vía privilegiada del súper yo.

Decía que el mito del asesinato del padre da cuenta también del origen del sujeto. Las coordenadas simbólicas de edipo-castración no son suficientes para dar cuenta de un real con el que Freud se topa bajo distintas modalidades: compulsión a la repetición, reacción terapéutica negativa, el masoquismo como constitutivo. Correlativo al padre edípico (legislador, representante de la ley, agente de la castración y separador del goce), Freud introduce en el mito la figura de un Otro del goce como el padre primordial.

La figura de Otro que goza cuyo paradigma presenta Sade en su obra, insiste en los casos de Freud: el padre seductor del fantasma histérico, el padre sádico de *Pegan a un niño*, los padres muertos que retornan de la muerte para imponer lo imposible (*Hombre de las ratas*, Haizmann, Hamlet). Hay en Freud una dimensión del padre que escapa a su propia muerte (excluido de lo simbólico) y que retorna como el signo de un duelo no efectuado.

A diferencia del padre edípico que detiene el goce, el padre primordial lo aporta. Desde allí también nos hace señas el dios de Shreber. Y más allá aún, se trata de la figura que Sade, “nuestro precursor”⁴, nos lanza en su obra como una voluntad de goce.

Conviene poner sobre el tapete el hecho de que la cuestión del padre está siendo reinterrogada a la luz de la historia⁵. Tal vez el padre en el centro de la teoría psicoanalítica resulta de un deslizamiento del dios judeo-cristiano al interior del psicoanálisis. El psicoanálisis, como todo saber, es también atravesado por las mismas coordenadas de cuyos resortes pretende dar cuenta. Si no nos atenemos en algo a la historia, corremos el riesgo de esencializar los conceptos y fijarlos (fijar allí a los sujetos) como verdades eternas. El padre: precursor del super yo, agente de la castración, significante que introduce la cadena, nombre que nombra, representante de la ley, etc.; ¿funge como la encarnación de dios en el centro de la teoría? Cuando Lacan tacha al gran Otro muchos de sus discípulos que venían de una formación seminarista lo abandonan.

Más allá de la cuestión del padre, la figura de un gran Otro del goce es, para Freud y luego para Lacan, una necesidad estructural en el trayecto subjetivante. Por doquier la encontramos. Primeramente en los análisis: desde la disposición a mortificar el cuerpo, en el síntoma histérico, para consagrar algo a Otro; hasta la obsesiva compulsión por erigir un amo al cual someterse para revelarse; pasando por la figura de Otro devorador que presenta el fantasma fóbico, constituyen indicadores de una especie de necesidad constitutiva por erigir a Otro que gozaría del sujeto. Erigimos para someternos, matiz oscuro del masoquismo.

⁴ J. Lacan. Seminario VII. *La ética del psicoanálisis*. 1959-60, clase del 30-3-1960. Paidós. Buenos Aires, Argentina.

⁵ J. Allouch. *El sexo del amo*. Editorial Psicoanalítica de la Letra, 2001. Córdoba, Argentina.

Lacan nos enseña que la inscripción del sujeto en el campo del Otro no es sin una pérdida, un sacrificio. Tenemos un lugar en el Otro por la vía del masoquismo⁶. La primera noticia que el sujeto tiene del Otro es como Otro que querría algo de él. El sujeto pasa por esta posición constitutiva y masoquista, objeto a la merced del Otro. Por otro lado, en tanto sujetos del lenguaje, ya estamos sujetos, sometidos a la ley del significante.

De manera correlativa a esta figura del Otro – amo, Freud nos muestra la paradoja de la ley, la ley como sirviendo a este amo. En *Pegan a un niño*⁷ el castigo aparece de este terreno opaco: el castigo del padre que azota, pretendiendo punir lo prohibido, no sólo propicia una satisfacción sustitutiva sino que también aporta un goce de plus, un goce masoquista. La dimensión del castigo pone en descubierto el costado gozoso de la ley.

La ley, por decirlo así, se soporta de tres patas: ley, trasgresión y castigo. El castigo reinstaura la ley una vez trasgredida. Pero en el acto de castigar redobla y potencia la violencia del crimen. Freud reencuentra otra vez a Sade; un humanista del que tan injustamente se ha hecho un referente psicopatológico.

Sade propone la derogación de la pena de muerte en plena época del terror ¿Por qué? Encuentra el castigo peor que el crimen, pues el crimen sale del campo de las pasiones, mientras que el castigo responde a una ley fría que no pertenece a las pasiones⁸.

La ley parece propiciar un goce masoquista. En todo caso, es una de las vías privilegiadas por donde el masoquismo insiste.

¿Podemos considerar la voluntad de sometimiento como el reverso de la voluntad de goce?

Las diversas modalidades del sometimiento constituyen el corolario de una voluntad de

⁶ J. Lacan. Seminario X. *La angustia*, 1962-63. Inédito.

⁷ S. Freud. *Pegan a un niño*. 1919. Vol. 17. Ed. Amorrortu. Argentina

⁸ G. Bataille. *Sade*. En Litoral 32. Epee. México, 2002.

erigir (dioses, verdades, ideas) para servir. Ambas son la misma cosa, pues erigimos otro que goza para satisfacción de un cierto masoquismo.

La figura de Otro que goza y su contrapartida, voluntad de sometimiento, se extienden hacia lo social en todo lo que hace al orden de las jerarquías y de la voluntad de dominio que rige en nuestra sociabilidad.

Años después de *Tótem y Tabu*, y con una guerra de por medio, en su conocido ensayo *El malestar en la cultura*⁹, encontramos un Freud más visionario que pesimista. Habiendo ya para entonces introducido la pulsión de muerte, Freud retrocede horrorizado ante el mandato ético- cristiano “ama a tu prójimo como a ti mismo”. Es imposible cumplirlo: la relación con el otro no sólo está regida por el amor sino también por la agresividad y la voluntad de dominio y de destrucción. Marcado por la especularidad narcisista, el goce masoquista se transforma en agresividad en nuestra relación con el semejante, el semejante que soy yo mismo. Si bien Freud no leyó a Sade, también en este punto le da la razón: no sólo no queremos el bien del vecino sino que buscamos su mal. La especularidad yo-tu, la pulsión de muerte y el masoquismo hacen del mandato “amarás a tu prójimo”, un mandato inhumano. La caridad, el altruismo, la ética, esa palabra tan de moda, vienen a maquillar la imposibilidad de amar al prójimo. (basta con abrir el periódico cualquier día en cualquier página para ver este orden de cosas, basta mirar a nuestro alrededor para constatar la salvajería de la fratría siempre desatada). La ley y la instancia moral aparecen como regidas por el goce que pretenden legislar. Este es el lado oscuro de la ley que tanto Freud como Lacan se ocupan de dilucidar.

Lacan advierte con Freud que la moral tiene su origen del lado de lo real. En el seminario *La ética* inicia sus primeras correlaciones entre Kant y Sade. Allí nos advierte

⁹ S. Freud. *El malestar en la cultura*. 1929-30. Vol. 21. Ed. Amorrortu. Argentina.

acerca del egoísmo que entraña todo altruismo y de la canallada última de toda ideología, como maquillajes del goce. Lejos de enunciar una ética del psicoanálisis, Lacan se ocupa más bien de separar la ética **del** psicoanálisis.

Podemos situar una línea de autores que desenmascaran el orden ético y moral como regido por el goce que pretenden frenar: Freud, Sade, Nietzsche, Lacan, Foucault, Badiou, Bersani, y sin duda muchos otros muestran el costado “perverso” de la ley (sin ánimos de ofender a los perversos).

De cualquier modo y al mismo tiempo no podemos desconocer que la ley hace operable un real pulsional del goce, lo hace vivible. La culpa, el sacrificio, la conciencia moral, el súper yo son instancias por donde la salvajería humana se apacigua, al tiempo que - he aquí la paradoja - constituyen instancias regidas por el mismo goce que intentan condenar. Pero de otro modo, estaríamos en un campo sin-ley, regiría entonces la ley sadiana de la naturaleza cuyo modelo político es la sociedad fascista de amos y esclavos.

El goce masoquista y la pulsión de muerte se extienden hacia la sociabilidad promoviendo, en la cultura, el malestar.

La voluntad de dominio, y de sometimiento atraviesa lo social enmarcando nuestras relaciones con el prójimo. ¿Es la voluntad de dominio y sometimiento una condición natural? ¿Estamos ante un fenómeno cultural? He aquí un irresoluble, el nudo natural-cultura.

Ya Foucault indicaba la necesidad de inventar los nuevos modos de estar juntos.

Freud propone la sublimación como una salida posible ante la “ferocidad”¹⁰. La sublimación en el arte, las ciencias y el humor operan como una respuesta de costado a la violencia de la fraternidad en lo social.

La sociabilidad desde el sesgo amoroso también abre una vía que conjura nuestro modo sadiano de estar en el mundo. En ese sentido Leo Bersani propone la forma anónima e impersonal del ligue como un modo de hacer pasar lo sexual por lo social, fuera del ámbito del dominio y la obediencia. En todo caso vimos que no son las coordenadas de la ley y el castigo aquello que mermaría el goce. El malestar que atraviesa nuestro estar en el mundo puede tener contrapeso en el arte como práctica universal (no privilegio de pocos), en el ligue impersonal que preserva los lazos sociales y en el humor que Freud postula como el bálsamo ante la ferocidad del súper yo.

¹⁰ Neologismo de Lacan. Frère: hermano, férocité: ferocidad.